

mente puedan desarrollar el mayor número posible de preferencias personales. De no hacerlo así, no tendrán más éxito en el logro de una completa objetividad que el que tuvieron sus antecesores en la misma disciplina. Y tal vez los economistas de los países ricos conseguirían así, a la larga, una mayor objetividad cuando enfoquen ciertos fenómenos de los países pobres. ¿Y viceversa?

ALFRED P. THORNE,
Universidad de Puerto Rico.

MYRON RUSH, *The Rise of Khrushchev*, Washington, D. C.: Public Affairs Press, 1958. 116 págs.

Se ha dicho que el siglo XX es la "era del análisis". El atributo característico del investigador moderno es la búsqueda constante del significado "real" o subyacente en el símbolo o fachada externas—el desmenuzamiento de la aparente superficialidad de lo obvio y la penetración progresiva dentro de lo que uno supone que es una verdad oculta. A medida que la sociedad actual va tornándose más compleja y mientras el hombre va ganando conciencia de la infinita variedad de técnicas para disfrazar sus fines y motivos, se hacen mayor la necesidad y la justificación del enfoque analítico de los cambios sociales y políticos. Y sin embargo, hay algo que fundamentalmente no satisface al tratar las cuestiones políticas sobre la base exclusiva del análisis riguroso de las técnicas y métodos políticos.

Estas observaciones surgieron en mí como crítico durante la lectura de este corto pero bien documentado libro sobre el reciente desarrollo político interno en la Rusia Soviética, escrito por un miembro de la División de Ciencias Sociales de la Rand Corporation. El campo de la política soviética provee un terreno ideal para la especulación analítica, ya que se da por sentado que la existencia de la lucha por el poder en la Unión Soviética, debe desarrollarse en el contexto de un sistema en el cual los problemas fundamentales de la organización política y económica son "resueltos" oficialmente y sobre los que la libre discusión queda descartada. Ciertamente, una de las partes de este librito que me han parecido más interesantes es el Apéndice 2, titulado *The Role of Esoteric Communication in Soviet Politics*, el cual contiene una explicación sobre varias técnicas subrepticias usadas en escritos y disertaciones publicadas en la Unión Soviética para transmitir la existencia y las dimensiones de una particular controversia, o para indicar, sutil pero eficazmente, el poder real de determinados

líderes dentro de la jerarquía gubernamental en un momento dado. Según indica el señor Rush (Pag. 88) "En la Unión Soviética, el ejercicio de poder. . . no tiene la sanción de puestos gubernamentales establecidos", y por lo tanto las tretas y maniobras para usurpar el poder dentro del grupo de gobernantes se realizan en una atmósfera esotérica aceptada y comprendida sólo por el grupo en sí. La tarea del estudioso extranjero que desee penetrar en la aparente calma de la política soviética y cuyo medio para ello es el material documental y público en vez de la observación de primera mano, será estudiar los "postulados hechos públicamente, cuyo significado manifiesto no revele la intención real o los propósitos del autor individual" (pág. 88).

Partiendo de este método, el autor procede a desarrollar su tesis de que Khrushchev hizo uso de su posición en el Secretariado en los años subsiguientes a la muerte de Stalin, para sumergirse en el reflejo de la gloria del tirano. Después, a medida que sus rivales en posiciones militares y gubernamentales comenzaron a resistir los atentados de Khrushchev de identificarse con el manto de Stalin, y mientras otros líderes, especialmente Mikoyan, comenzaron a atacar públicamente al fenecido dictador, Khrushchev, con la flexibilidad del oportunista que parece caracterizarle, comenzó a planear, muy hábilmente, su discurso anti-stalinista en el Vigésimo Congreso del Partido. El retrato de Khrushchev que emerge de este análisis es el de un experto manipulador de hombres y símbolos, cuyo deseo de poder en la Unión Soviética no está impedido por ninguna consistencia doctrinal". En el libro no se establece claramente si esta casi total ausencia de una ideología consistente es una característica particular de Khrushchev, o si sus rivales fracasaron, al menos en parte, debido a los impedimentos de sus convicciones doctrinales. En mi opinión, el señor Rush, aunque no lo verbaliza, sostiene que Khrushchev ha sido el que más logros ha alcanzado; el más ingenioso, y quizá el miembro más ambicioso de un grupo cuya motivación principal es la lucha por el poder político.

Para el lego, desconocedor de los rigores del lenguaje ruso, sin poder llegar hasta el caudal de documentos del partido que usa el autor en su estudio, y ajeno a las complejas sutilezas de las formas esotéricas de comunicación en Rusia, difícilmente puede debatir las conclusiones a las cuales llega un especialista en la materia, luego de una investigación rigurosa. El señor Rush ha escogido bien su documentación y es muy cauteloso en sus conclusiones. Como monografía académica de un aspecto de política de poder interna, el estudio es una contribución valiosa al creciente caudal de literatura sobre el tan enigmático sistema político soviético.

Sin embargo, uno debe preguntarse si es acertado suponer —y el

esquema del señor Rush parece basarse en ello— que un uso apropiado de la comunicación esotérica y privada, la experta manipulación de símbolos, el barajar oportunamente los puestos gubernamentales y del partido, en resumen, todas las virtudes “políticas” de puras maquinaciones maquiavélicas, es la llave para comprender por qué Khrushchev, o cualquier otro grupo, ocupa posiciones de poder y prestigio. Los planes agrícolas e industriales con que se asocia a Khrushchev, son mencionados sólo en una forma superficial. ¿Es acaso adecuado, o aún realista, suponer que las consideraciones sobre la política a seguir no son de importancia, aún en la propia Unión Soviética? En algunas instancias, y al leer algunos folletos o libros de análisis rigurosos tales como *The Rise of Khrushchev*, se tiene la impresión de que el estudioso del presente en su empeño por llegar a la raíz de los problemas, encontrará, si persiste, que la materia que intenta estudiar es análoga a una cebolla, ya que, si se empeña en quitar las capas superficiales, no encontrará nada en el interior.

Desde luego, no es justo criticar un trabajo por no alcanzar algo que el autor no se propuso. El libro es importante para poder entender ciertos problemas que desconocemos en la estructura política soviética. Sólo quiero insistir en que los postulados políticos sobre los cuales descansa el análisis del señor Rush, no deben dejarse pasar sin ser cuestionados.

ROBERT ANDERSON
Universidad de Puerto Rico.